

El gesto del señor Briančjaninov (Serbia y los eslavófilos rusos)

León Trotsky

29 de diciembre de 1912

(Versión al castellano desde “Le geste de Monsieur Briančjaninov (la Serbie et les slavophiles russes”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 393-397; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 360, 29 de diciembre de 1912.)

“¡Jeremías, Jeremías, ¡deberías haberte quedado en casa!”¹

Hace tres días, en el restaurante del hotel Moskva, un grupo de representantes políticos locales organizó un banquete en honor de Briančjaninov². Este señor se encontraba aquí en una breve misión política y diplomática, realizada en nombre de la “opinión pública rusa”. El banquete tuvo lugar en la sala principal del restaurante. Los invitados estaban sentados en el centro, por lo que todos los clientes tenían que escuchar sus discursos. Así que cuando el Sr. Briančjaninov pronunció su larguísimo discurso de agradecimiento y bienvenida a los presentes, incluso los que no participaban en el banquete bajaron sus cuchillos y tenedores. Fue una muestra de buena educación, sin duda, pero el asado se enfrió en mi plato. Soy consciente de que episodios como éste no pueden ser objeto de un artículo periodístico, pero lo cierto es que este banquete puso de relieve varios aspectos que revisten cierto interés.

El primer orador, el profesor Belić, agradeció al público ruso su apoyo a la causa serbia, en un ruso pasable (el número de serbios que hablan ruso se puede contar con los dedos de una mano). También expresó su decepción por la debilidad del gobierno ruso, que no había seguido el ejemplo de la opinión pública. Concluyó expresando su convicción de que, bajo la presión de la sociedad rusa, el gobierno adoptará una política más firme en el futuro. En resumen, el señor Belić dijo lo que habría dicho cualquiera en su lugar. A continuación, llegó el turno del Sr. Briančjaninov. Se levantó y comenzó diciendo que aquí se habían sobrevalorado sus méritos como político (por lo que podemos deducir que el señor Briančjaninov sí tiene algunos méritos políticos). Después expresó algunas ideas justas, aunque no muy originales, sobre la distancia que separa a la diplomacia rusa del pueblo, y declaró que ahora se siente más eslavo que ruso. Por último, se pronunció contra el gobierno serbio que, habiendo ignorado a la “opinión pública rusa” (¡los progresistas!), había hecho viles concesiones a los austriacos. Se deduce que los serbios abandonaron Durrës y Alessio porque no estaban suficientemente convencidos de la omnipotencia del partido de Briančjaninov. Si los serbios se hubieran negado a evacuar los puertos, lo que significaba una declaración de guerra, dijo el señor Briančjaninov, pues bien, pueden estar seguros de que habríamos permanecido a su lado... Es cierto, no puedo negarlo, que los rusos nos sometemos humildemente a confiscaciones, multas y exilio sin juicio. Es más, la diplomacia rusa desconoce nuestra existencia. Todo esto es cierto, pero permítanme decirles, en nombre de la “opinión pública rusa”, que, si hubiéramos llegado a una guerra entre Austria y Serbia, entonces “¡Hurra! ¡Živio!”³

No tomé notas taquigráficas del discurso del señor Briančjaninov (no sé taquigrafía), pero puedo transcribir, con precisión, su sentido general y su humor involuntario. La “opinión pública rusa” pidió a la diplomacia rusa que interviniera activamente en apoyo de los intereses serbios. Pero ésta hizo oídos sordos y no apoyó las reivindicaciones serbias sobre la costa adriática. A la luz de estos hechos irrefutables, está claro que el gobierno serbio tenía todo el derecho a seguir su propia política. Pašić eligió precisamente este camino cuando intentó construir un puente diplomático sobre el Danubio. Mientras tanto, *la opinión pública* rusa llegó a Belgrado y, con una copa de vino

en la mano, expresó su desilusión. Al fin y al cabo, siempre hemos protestado enérgicamente contra las concesiones hechas a Berchtold. Es cierto que nuestra diplomacia no prestó la menor atención a estas protestas, pero también es cierto que vuestro gobierno cometió un grave error. Sin embargo, puedo asegurarle que nosotros, la opinión pública, seguiremos por el mismo camino de siempre... ¡“Živio! ¡Viva!”

Al escuchar este monólogo pronunciado al estilo del tolstoiano *Koko v politike*⁴, tengo que decir que me sentí muy avergonzado. Sin embargo, una pregunta me rondaba la cabeza: ¿por qué razón había venido hasta aquí mi compatriota? ¿Hubiera sido mejor que se quedara en casa!

Obviamente, ningún representante del antiguo partido radical (ese partido que, subestimando a la “opinión pública rusa”, se había comportado pusilánimemente con Berchtold) estaba presente en el banquete. El largo discurso del orador progresista ruso se dirigió principalmente a los representantes de dos partidos serbios: los *naprednjaci* y los jóvenes radicales. Aunque ambos partidos estaban en la oposición (los jóvenes radicales, para reclamar formalmente los derechos del parlamento, y los *naprednjaci*, para expresar su desacuerdo con la actitud acomodaticia de Pašić), me pareció que todos los presentes en el banquete escuchaban el sermón de Briančjaninov con la misma inquietud.

¿Es necesario analizar a fondo la situación actual para concluir que el belicoso discurso del señor Briančjaninov fue, aparte de su comicidad involuntaria, imprudentemente impertinente, totalmente irresponsable e incluso, me atrevería a añadir, completamente demencial?

Al fin y al cabo, no fue bajo la influencia de la opinión pública rusa, es decir, de un puñado de grupos y periódicos llamativos, que los serbios hicieron todo lo posible para apoderarse rápidamente de las bases de la costa adriática. “Vosotros, pensad en cumplir con vuestro deber como soldados”, decían a los serbios los diplomáticos de *Novoje Vremia, Russkoe Slovo*⁵ y otros círculos influyentes, “así que ¡cumplid con vuestro deber y no os abandonaremos!”. He aquí un ejemplo impresionante de las dificultades y sacrificios soportados por los serbios en su carrera hacia el mar: la división Šumadija llegó a Durrës diecinueve días después de salir de Prizren. Sólo 80 de los 3.000 caballos de que disponía la división sobrevivieron; todos los demás murieron durante el viaje.

Nada más ocupar la costa, Austria exigió su evacuación. Nadie dudó nunca de que, de un modo u otro, se había hecho tal petición. Sin duda, los serbios fueron incitados por la diplomacia oficiosa rusa, que se comportaba como verdadera diplomacia rusa, a comprometerse en un conflicto contra Austria. Es legítimo suponer que, cuando la situación se agravó, cuando los focos empezaron a iluminar, por la noche, el palacio real de Belgrado y cuando los barcos reales e imperiales hicieron zozobrar las barcasas serbias, Pašić se dirigió al embajador ruso, el señor Hartvig, y le dijo a bocajarro: “Y ahora, ¿qué va a pasar?”. El Sr. Hartvig, que goza de la reputación de ser uno de los pilares de la política eslavófila no oficial en los Balcanes, tuvo que responder: “No cuente con nosotros... Ya sabe cuáles son mis convicciones personales... Pero San Petersburgo... No pasará nada...” Tras esta instructiva conversación, Pašić tuvo que hacer todo lo posible por mantener la compostura y tuvo que abandonar la embajada de una forma que, sin duda, fue cortés. De camino a casa, antes incluso de llegar, debió de escribir a Masaryk⁶, a Kramarj, o a algún otro, que el gobierno serbio estaba dispuesto a concluir un acuerdo con Austria. En resumen, Serbia aceptaba someterse a las exigencias de Viena siempre que se presentaran como una decisión de Europa. “Si Europa decreta que debemos retirar nuestras tropas de Albania, las retiraremos”, escribió *Samouprava*. No debió de ser fácil tomar semejante decisión. Los “derechos” que Serbia reclama sobre Albania son discutibles. Serbia soportó sacrificios en la creencia de que alguien apoyaría sus demandas. Si se hubiera limitado a reclamar la concesión de un puerto neutral, no habría

habido sacrificio. Le habría bastado con comprometerse a no meter las manos en Albania. El gobierno serbio, en cambio, eligió otro camino gracias a la diplomacia rusa no oficial y a la “opinión pública” que lo apoyaba. Sin embargo, este *otro camino* resultó ser un callejón sin salida, por lo que Pašić cambió de dirección a tiempo y buscó un acuerdo con Viena.

Llegado a Belgrado en el último momento desde San Petersburgo, el señor Briančjaninov, precisamente el hombre cuyos méritos políticos se habían sobreestimado enormemente, tuvo la osadía, después de lo ocurrido, de acusar al gobierno serbio de pusilanimidad y falta de fe en la “opinión pública rusa”. Si los austriacos hubieran tomado Belgrado, ¿qué habría ocurrido? Por casualidad, ¿habría enviado el señor Briančjaninov dos cuerpos de ejército progresistas a Galitzia?

La idea de que Serbia no debe abandonar sus posiciones en la costa adriática, pase lo que pase, no la trajo aquí el señor Briančjaninov. Lo han dicho una y otra vez, en un tono cada vez más apasionado, muchos serbios y, sobre todo, oficiales. El mismo punto de vista ha sido expresado de diferentes maneras, primero acaloradamente y luego más moderadamente, por ciertos periódicos serbios: *Politika*, *Pravda* y *Štampa*. Y no es nada improbable que no se haya intentado plasmar esta idea en la realidad. La política independiente de los oficiales tiene una larga y sólida tradición en Serbia. Los oficiales están directamente implicados en este asunto, hasta el punto de que el giro que tomen los acontecimientos, en un sentido o en otro, depende de ellos. La tentación es muy fuerte.

Sólo hay un partido en Serbia, los llamados nacionalistas (los *exliberales*), servidores del régimen extremadamente despótico de Milán, que han tomado la decisión política de animar a los oficiales a tomar “valientes decisiones patrióticas” y luego, favoreciendo o no las relaciones exteriores del país, hacer caer a Pašić y a todo el régimen radical y, finalmente, hacerse con el poder. Como suele ocurrir en tales circunstancias, esta banda nacionalista mezcló la intriga cortesana con la demagogia vulgar, utilizando en los periódicos el lenguaje sedicioso de las Centurias Negras. Llamaba a la destrucción del sistema político actual “sin escatimar medios”. Lo que los nacionalistas entendían por valientes decisiones patrióticas era el lanzamiento de una guerra, no contra Austria (con cuyo apoyo ya contaban), sino contra Bulgaria: por Bitolj, Veles y Prilep. En el peor de los casos, los nacionalistas también están dispuestos a lanzar este eslogan: ¡No renunciéis a Durrës! En realidad, su objetivo es muy distinto. Pretenden explotar el descontento de los oficiales y provocar el caos nacional e internacional para deshacerse del régimen que les bloquea el camino. Hay que tener en cuenta que el activismo frenético de ciertos periódicos rusos y de ciertos círculos, que hacen promesas que de ninguna manera son capaces de cumplir, sólo sirve para introducir objetivos falsos en la política serbia, que proporcionan agua para el molino de aventureros de la peor calaña.

Tal vez sea ésta la única razón por la que personas como el Sr. Briančjaninov deberían haberse quedado en casa.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Tradicional chanza sarcástica rusa.

² Briančjanino Alejandro Nikolaevi. Nacido en 1874. Publicista ruso. Fue oficial de una brigada de artillería a caballo y, durante un breve periodo, destinado en la embajada rusa en París. Tras dimitir en 1897, fue elegido miembro del zemstvo de Pskov y comenzó a trabajar en el periodismo. En 1912, se unió al “Grupo de Personalidades Progresistas”, organizado inmediatamente después del estallido de la guerra de los Balcanes por iniciativa de M. M. Kovalevskij y P. A. Lavrov, cuya principal tarea era debatir los problemas relacionados con dicha guerra. Las ideas de Briančjaninov fueron resumidas por él mismo: “La grandeza de Rusia es inseparable de su hegemonía sobre los eslavos”. De 1913 a 1916 publicó en San Petersburgo el semanario *Slavjanskoe Seno* (Grupo Eslavo), dedicado a defender los “intereses eslavos”.

³ ¡Que viva!

⁴ *Koko en la política.*

⁵ *La palabra rusa.* Diario liberal publicado en Moscú de 1895 a 1917 bajo la dirección I. D. Sytin. En 1918 se publicó durante poco tiempo bajo la cabecera *Nasce Slovo* (Nuestra palabra).

⁶ Masaryk Tomiáš. Nacido en 1850. Político checo, Presidente de la República Checoslovaca. De 1882 a 1914 fue profesor de filosofía en la Universidad de Praga y publicó la revista de crítica literaria Athenaeum. En 1891 fue elegido diputado al parlamento austriaco, pero dimitió dos años más tarde. En 1900 se convirtió en líder del Partido Popular Checo, que pretendía llegar a un acuerdo con los alemanes. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Masaryk se puso del lado de la Entente y formó en París el Consejo Nacional Checoslovaco. En 1918, cuando se estableció la República Checoslovaca independiente, se convirtió en su presidente. Enemigo intransigente del poder soviético, en 1918 dirigió políticamente la revuelta del ejército checoslovaco en el Volga, que se unió al ejército de Kolchak para luchar contra la Rusia soviética [ver en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\) \(Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales\): Escritos militares. Cómo se armó la revolución. \(En tres volúmenes\)](#), en su [volumen I](#): “La sublevación checoslovaca”, página 203 y “La ofensiva de Kolchak”, página 546, ambas en su formato pdf].